

Hotel California

No sé por qué me puse esos zapatos. Ella y yo caminábamos en silencio por el medio de la calle, justo encima de la línea amarilla. Todo se había vuelto lento, interminable, y me parecía que avanzaba hacia atrás, siempre con la sensación de no querer llegar, o no poder, al fin del viaje. Me dolían los pies. Los autos rozaban mi vestido en sus divagaciones por la estrecha pista de patinaje artístico que era, ahora, el pavimento. Empecé a caminar en puntas, para tratar de aliviar el dolor que me mordía los pies. Cerraba los puños y apretaba los dedos contra la carne, pero esta leve molestia no apaciguaba el suplicio. Ya no tenía pies, sino dos muñones y luego algo frío que pesaba en los extremos, como fardos colgantes. Intenté levitar, mas no pude romper la fina capa que me aislaba de los otros cuerpos, y apenas alcancé a tambalearme unos instantes sobre mi cuerda antes de recuperar el equilibrio. ¿Y qué era, supuestamente, *el equilibrio*, sino una aceptación tácita del encierro al que estoy condenada y nadie ve? Pensé en Lisbeth y la visita como una lejanía que acaso nunca avistara. Era agradable conversar conmigo durante el camino. Ella estaría de seguro inmersa en su autodeleite. ¿Le importaría yo, Lisbeth, fuera de lucir su cuerpo de ninfa a los espectadores-transeúntes mientras estos le devolvían chiflidos, piropos? Apreté los puños y respiré hasta donde me cupo aire. El Vía Crucis despertó mi agonía.

Contemplé el horizonte de aquel hilo amarillo que parecía no querer desovillarse nunca, y me mantenía allí, en el centro del escenario, con las luces apuntándome a la cara. La gente nos observaba como si hubiéramos vuelto del fin del mundo. Cuchicheaban pestes de vieja. Yo les respondía que íbamos para allá ahora, sin prisa. Las líneas deberán convertirse en puntos en alguna parte, y después, nada. Al fin del mundo hay que ir con mucha calma, le digo, porque se trata del último mar, el último pedazo de tierra y la última manzana que me quedará por comer antes de la muerte. Y seríamos dos, ella y yo, pero no importaban esas mezquindades terrenales para mi amiga: Era etérea. Ya le pediría manzanas a Dios cuando llegara al cielo. Lo demás era

fumar, y adelantar el viaje del humo a su paraíso donde los negros combinan la joya de su piel con oro y plata, y le llevan cestas de Cannabis silvestres para amasarlas y depositarlas como néctar en su boca. ¿No estaríamos apresurando demasiado aquel momento? Negros sobran para rellenar tu paraíso. Pero Ella no quería esperar.

Marihuana, le dije, y el sueño se rompió. No lo digas así tan simple y despectivo. Suena a mierda. A mí me sonaba a yerba, a pócimas de viejo, a nada. Una palabra vacía, anodina, que puede depositarse en cualquier sitio y encajar. Una palabra snob. Al menos suena con estilo, justificó. Y no te metas con mi matica. Ella se agarraba el sombrero de cintas rosadas y largas, y su vestido de procesión que removía las hojas y las colillas. Adoraba las hojas de tres puntas, las aromáticas y las mentoladas, verdes intensas, sin mordisquear. Yo clavé la vista en la punta de mis zapatos y continué siguiendo mis pasos.

Me gusta mirar las cosas cuando llevo mis gafas negras. Sin ellas me da miedo que la luz me descubra y todos comiencen a espiarme detenidamente. Y podría desconcentrarme y salirme de la línea amarilla. La línea de la vida tan larga como la que aparece dibujada en mi mano izquierda. La derecha esta lisa y en blanco. No dice nada sobre mí. Es mi mano preferida. Alguien sonó su claxon junto a mi oído, trompeta fatal del Armagedón (caí después en la cuenta de que aquel claxon era la boca mayor de Aerosmith, pujando por salirse del marco de una grabadora) y mientras se arrancaba el aire de los pulmones para decirnos comemierdas fue a hundirse en el costado de un objeto cualquiera. And I don't want to miss a thing.

Escuché la voz de un tambor acercarse a una velocidad increíble; era una súplica, un grito, ahora más fuerte; una malla de lenguas jugando a golpear los quejidos y filtrar las voces en cristales, platinos, platas, cobre o latón. Estaban raspando el tambor con las uñas y los dientes. Le quitaban el pellejo primero, y las sustancias del cuerpo. Devoraban los líquidos y sólidos, y depositaban los gases en el fondo hasta purificarlos en continuos lavados y obtener aquella melodía esparcida luego en ráfagas. Aquel hombre era el tamborilero. No, ese viejo que nos miró fijamente, desde el muro al que se recostaba. La maldita humanidad nos venía siguiendo como hienas, me escudriñaba a través de las paredes y las ventanas. Sólo esperaban el instante de un suspiro, un gesto de vacilación que les mostrara cierta debilidad. Entonces llegaría la hora de matar y comer. Y yo no podía abandonar mi línea. No tenía a dónde ir fuera de ella. Las hienas mostraban sólo sus ojillos de perros gatos. Se tapaban las fauces con la mano para dejarme en la seminconciencia de que era yo la elegida para su ritual. Deseé que el universo fuera un simple laberinto de líneas y pasadizos secretos por donde escapar. O que hubieran capullos vacantes en los nidos de orugas. Desde mi jaula escrutaba cuidadosamente el movimiento de las bestias:

unos simulaban rascarse el ojo; otros dejaban caer algo y repetían el monótono gesto de darse en la frente y retroceder dos pasos antes de inclinarse con desgano a recogerlo; los viejos más instruidos en estas artes llevaban pañuelos con que cubrirse para no babearse; las viejas engrasaban sus labios rancios y curtidos con rumias de saliva; los niños se escudriñaban los pormenores de sus narices; pero todos, todos estaban riéndose. Lo adivinaba. No. Lo sabía. Mi jaula no me permitía huir, sino reconocer la existencia de cuatro paredes a cierta distancia de mí, que no necesariamente conseguía descubrir y tocar. Pero había cuatro. Delimitadas por un perímetro amarillo. Cinco paredes significaban mi libertad. Yo poseía cuatro y ni siquiera salida de incendios o un agujero negro que tragara cada grano de polvo de esta tierra, excepto a mí. ¿Por qué siempre deambularé a lo largo de cuatro paredes sin chocar contra ellas, no importa el trazado de la caminata en círculos, triángulos, rombos o algún ritual más extraviado de la esquizofrenia? Lo peor era saberlo todo, como si aún me quedaran vestigios de mi anterior vida de gato. En cada rugosidad de los muros podían ocultarse las bestias de la ciudad, y asomar sus rostros de verrugas fermentadas a nuestro paso. Ella me pellizcó sin motivo y desperté de un largo sueño. Era la bella durmiente.

Retorné a ocultarme dentro de mi cuerpo, en vez de abrir los ojos para admitir que estoy en el medio de alguna parte dentro de mi línea ¿amarilla? que podría perderse tras una alcantarilla o ser ella misma la alcantarilla que me guía camino al infierno.

Ella parecía una muñeca de porcelana y se movía acariciando las superficies. Le pedí alejarnos del medio de la calle, quizás a las líneas discontinuas. No quiso. Tenía que sentirse deseada. Imaginar que todas las otras líneas de menor importancia partían de ella, y las controlaba a su gusto. Yo necesitaba echar a correr o hacerme invisible. Rascarme las nalgas sin que me vieran bajar el bloomer y a un hombre se le saltaran los ojos en la tentativa del espectador. De cualquier forma la calle estaba por acabarse. Era la ley de deambular por un espacio limitado entre puntos y símbolos. Un semáforo.

Cruzamos al otro lado de la cuerda floja, y prolongué durante dos o tres cuadras el movimiento de mis piernas en intervalos exactos. Siempre cuento los pasos y busco aislarme de todo contacto o roce (levito) hasta el instante en que mi talón penetra la superficie y resbala hacia un sentido que escogió al azar. Olvidarme de que tengo los pies en cierta parte de este microuniverso y soy una figurilla más rompiendo el equilibrio. Es un juego casi perfecto, la misma gente en el mismo lugar a la misma hora. Aquella negra parece vivir para lavar la ropa y tenderla; es su gran papel, su aporte al resto de los jugadores. Porque si no el negro en bicicleta no la habría hallado en su camino, ni le hubiera sacado su lengua de lagartija. Así puede estrenarse como actor

de reparto un policía iniciado a esta secta de cuerpos vacíos, y escribir con audacia cronometrada una multa de diez pesos por atropellar a un gato. Para el gato acabó su ínfimo protagonismo, apenas un estremecimiento de placer en su juego y ya es sustituido por un perro callejero. Ciertas imperfecciones como la vida y la muerte amenazan con alterar una buena jugada. No es culpa de nadie que ahora esté de parto una gorda, y el policía sea obligado a abandonar su set en la cómoda esquina y cargar una masa de dos cabezas hasta el hospital. En moto. Nueva imperfección. Sería mejor eliminar a todas las gordas propensas a parir, a fin de no afectar posteriores tramas y subtramas.

Me distraje demasiado y quisieron forzarme a entrar al juego. Tontos. Mis pies me dominaban y decidieron continuar. Es más divertido saber cuántas casillas tiene una sección de 100 metros que enfrascarse en una expedición incierta al ojo del laberinto. Empezaré a contar otra vez, según el ritmo de las sustancias que reprimidas bajo mi piel, forman su propia banda de ruidos a medida que avanza o descende la marea: un-dos un-dos, o quizás más rápido, depende de lo que toque el tambor, undostres-undostres. *Welcome to the hotel California. It's a lovely place.* Una sensación me hizo levantar la cabeza y repetirme que el cielo era azul y no verde. Que Lisbeth aún nos esperaba y el tiempo nunca existió para llenar la vida de cicatrices y cucarachas. Pero el portal estaba vacío. Claro, quedaba la abuela, y los sillones. Puedo cerrar los ojos y adivinar la distancia que me separa de los demás objetos. He estudiado el tablero, las piezas, los movimientos. Voy a ganar. Aunque falta la última carta. Dudas.

—¿Está? —pregunté a la abuela sin decidirme a franquear la reja que me separaba del exterior.

—No. Salió hace bastante. Pero Lisbeth sabe la hora que es y lo que tiene que hacer. Regresará.

Ella y yo nos hablamos sin abrir la boca. Volví la cabeza hacia el horizonte, porque no atinaba a dejar mis manos en paz. No sabía dónde ponerlas. Eran un estorbo dondequiera que las abandonara: cruzadas, a la espalda, me rascaba una pierna, las dejaba colgar como perros de caza que trotan a ambos lados del caballo, me alisaba el pelo y aún así resultaban molestas. Noté que me ponía tibia, caliente, me goteaba la grasa del rostro, mis poros escupían las partículas de cuerpos extraños adheridos durante el viaje y ahora se mezclaban con el sudor. Aquel líquido se iba cuajando sobre mi piel y pensé qué le sucedería a un delfín si le taponearan su gran agujero. Quería que el silencio pronunciara una palabra, o me iría de allí enseguida. La abuela pareció comprender.

—¿Van a esperarla?

Solté un vaho condensado y pensé que aquel Sí era la frase mejor lograda que había compuesto ese día.

—Estamos algo apuradas, ojalá regrese pronto. ¿Usted sabe a dónde fue?

—No, nunca me dice cuándo sale ni con quién. Le ha dado por andar con unos tipos extraños, esos maniáticos al negro que no aguantan las ganas de verse muertos para colgarse un cráneo del cuello. Unos imbéciles drogadictos.

—Ah, seguro son rockeros —dijo mi amiga—. Son los ecologistas del parque —rectificó.

—¿Ecologistas? No me digas que ahora cuidan el césped —dije riendo.

Ella se puso seria, al parecer era muy entendida en la materia, pues me respondió:

—Sí, quizás sea eso. Lo bueno es que ellos no pisan la hierba. La fuman.

Mi amiga Ella había sido puesta en este lugar, a las cinco de la tarde, solo para que me explicara el significado de “ecologismo” en esta escena. Realmente las ramificaciones del juego eran enormes. Me dispuse a aceptar el turno y tiré los dados. Doble.

—Ahora sé por qué siempre andas con pulóveres de Greenpeace. Lógico, la ecología.

—Lo que sea. Nada más sirven para cultivar pelos —dijo la abuela—. Bueno, siéntense.

Ella me lanzó una mirada indefinida y dio el primer paso al subir los escalones. Yo no me quité las gafas; me daban cierta privacidad. No había sillas en el portal. Sólo el sillón de la abuela. Un hombre salió de un cuarto situado al fondo y trajo asientos. Escogí el sillón y me di cuenta de que no se me ocurría en qué pensar, aparte de sentarme igual al resto de las máquinas, y desarrollar mis habilidades de contadora. Mantuve alertas sólo mis dos sentidos favoritos, entretenida en descomponer cuantos sonidos llegaban procedentes de las esquinas y los edificios de enfrente. Clasificarlos en gritos de dolor o risa, palabras comunes, palabras malas que ya no son malas, sino rutinarias, y por tanto carentes de contundencia; argot de alcantarillas, de borrachos, de gente, ruidos de motores variados: carros rusos, americanos, un camión de mudanzas que se detuvo justo en la casa de al lado y tuve que esforzarme para descifrar los alaridos de una vieja que resultaron ser de pura felicidad cuando besó otra vez su refrigerador. Un tractor pasó arrastrado una grúa, y el conductor lanzaba papas y zanahorias por los aires, como un marqués. El hombre de la grúa, en señal de agradecimiento, las iba cobrando. *This could be heaven or this could be hell*. El maldito reloj se paró sin avisarme. Por eso me daba la impresión de que algo se quedaba detrás. Me dediqué, por último, a espiar la actuación de los personajes vecinos desde mis gafas negras.

El cielo cambia su coloración inmaculada por un rosa subido. La tarde tiene manchas como la piel de un dalmata. Los árboles se vuelven cenizos a medida que baja el sol, y ya se quedan sin pájaros. Los gorriones prefieren los cables del tendido eléctrico. El sillón de la abuela no se ha detenido un segundo en su triquitrá. Tiene un ritmo de velorio: constante pero inseguro, no deja de

balancearse por miedo a qué pasará después de un silencio. Yo sé que Lisbeth no vendrá, porque le teme a los aviones y a viajar a Africa. Es la inercia del balancín lo que me retiene aquí con vida. Presiento que no lograré levantarme nunca, porque este es el HOTEL CALIFORNIA y hoy no tengo a dónde ir. Ella, al menos, podrá subir al cielo.

La Divina Binidad

*Wilt thou be gone? It is not yet near day.
It was the nightingale, and not the lark,
that pierc'd the fearful hollow of thine ear. . .*

Romeo y Julieta. W. Shakespeare.

Despertarás y me encontrarás allí. No todavía, sino entonces. Tampoco seré ya un animal mitológico; acaso, si te cabe imaginarlo, un hombre desnudo. El miembro lucirá perfecto, sin mácula ni vellos alrededor, del tamaño que te gusta, y el grosor . . . , bueno, quizás le faltarían par de milímetros para alcanzar las proporciones ideales. Todo salió a pedir de boca. Te pareceré, pasado el asombro, uno de esos sueños camino al paraíso, donde, arrebuado uno entre las sábanas, da pena desperezarse. Parpadearás lo menos una treintena de veces, mirando en derredor no vaya a ser que te hayas levantado y sigas aún en la apacibilidad del postoperatorio. Recobrada la lucidez y el gobierno de cada sensación, cabría estremecerse con un atisbo al entorno: las luces de la sala, chillonas y frívolas, las palpitations del ultrasonido imitando tu corazón, el suero, colgado de la varilla metálica y unido a tu brazo por un pacto de sangre, igual al que hiciste con tus amigas una vez, hace veinte años, de que esto algún día iba a suceder. Escucharás toses veladas y murmullos provenientes de infinitas direcciones que se cuajan de pronto en tu oído. A mí me ocurre lo mismo: los ruidos llegan ininteligibles, y son una sola, monótona voz ulcerándome el tímpano. Allá atrás conversan los aprendices, enamorados de radiografías con pleuras y costillares de simetría divina, que escrutan al trasluz y colgarán en sus cuartos para manosearse de noche. Yo también tengo a mi Narciso ahora, intentarías decirles, mas callas. Una enfermera que parece un ángel, con su batón blanquísimo, la piel aséptica y el moño recogido, pasa empujando el carrito con los medicamentos, el estetoscopio, las jeringuillas esterilizadas y envueltas en gasa, para esconder las agujas de la vista de los pacientes.

Podrías estar en el cielo, y yo ser un regalo de Dios Padre destinado a malcriarte o a una bienvenida en tu primer día al reino eterno. Mentira, dirás;

por qué inventarme falacias: nada es gratis, ni siquiera los bienes celestiales: esos debemos ganarlos con mucho esfuerzo y méritos propios aquí en tierra firme; y la belleza, blasona mi divisa, cuesta sacrificio. Cuando hayas almorzado y te repongas de la sorpresa dejaré que me toques. Antes no. Tu mano se muestra insegura, temerosa de aproximarse a mi piel. Dudas si es real o no. Pues bien, tócala. Suave, tersa en el pecho. El asombro resulta natural al inicio, cuidando el exceso de pudor. ¡Apriétate duro, con ganas, como si fuera el pellizco de la confirmación! ¿Y esos dedos de mantequilla? . . . Ni que jamás le hubieras acariciado el torso a un hombre desnudo, tendido junto a ti la noche entera. Al principio, cierto, tus dedos extrañarán aquella cuesta empinada, tan habituados ellos a encaramarse en la torre del pezón para deslizarse luego a trompicones, colina abajo, con una velocidad de potro. En lugar de la carne esponjosa que amoldan a su antojo las mujeres dentro de la copa del sostén encuentras un pecho llano, algo flácido aún—habrá que trabajarlo—, pero ahí, suplantando la ominosa presencia de cualquier teta (mama sería la palabra científica). Una y otra vez te permito masajearme el torso, estudiarme con el tacto mientras la punta de tu índice me palpa hasta las profundidades y experimento los placeres de un perro frotado por algún pie. ¿Sientes la comunión? Ahora se entiende mejor la Santísima Trinidad, las jerigonzas del cura sobre tres seres metidos en cuerpo único. Somos la Binidad tú y yo, pues ahora el tiempo y los sueños no deslindan sus desgastes. Disculpa mis gemidos como yo perdono tu curiosidad de muchacha núbil conducida al altar de los sacrificios, cuyos pasos tiemblan de la misma forma en que tu índice, odalisca perversa, traza circunferencias sobre mi pecho y remeda una lengua sáurica, paladeando el alimento. Y cuán fascinantes las huellas que dejan tus yemas en su bojeo a mi epidermis; diríanse con mañas de cartógrafo, repasando las configuraciones del terreno, las explanadas, las mesetas, el lecho del río entre ambas. Incluso, pasado el temor a la carne y el desconcierto, han empezado a envalentonarse las muy péfidas y trocan la sumisión en conquista: clavaron su banderola y el pabellón anunciando estos islotes me pertenecen y sólo yo me solazaré en ellos. Soy hermoso, confíesalo, mientras prosigues adorándome tras el resguardo del mosquitero y resulta tan delicioso dejarse tocar en medio del silencio. Nadie nos ve porque acabó hace rato la hora de visitas y los convalecientes duermen cansados de vigilar la muerte. Tu palma reposa un rato sobre nuestra tetilla, traviesa, con la ansiedad de un niño por probar los muchos botones y vericuetos de su juguete nuevo. Y el pezón luce aplanado, minúsculo y no termina ya en ese copete carnoso de las hembras, que se abre en aureola rosada alrededor. De todas las maravillas es el pezón lo que más te admira y piensas si le gustará a la lengua jugar igual con él o si crecerá también a su contacto. Tu cara escéptica me preguntará, los ojos alborozados, si resulta mejor *así*. ¿Una respuesta en materia práctica o estética? Siempre me apeteció más el trasero que el busto de mis compañeras de clase, incluso llegué a verlo como un estorbo, y cuando saltaban y aquello se movía desenfrenado, de un lado a otro y hacia arriba y abajo, me daban deseos

de morirme de risa. Tan torpes lucían, tratando de sujetárselos en las carreras, que les pasaba de lado pellizcándoles las nalgas. Por eso los varones ganaban siempre, y ellas enredadas con sus fardos, domesticándolos a base de sostenes apretados, una o dos tallas menores. Qué lástima las pobres. Seguro a las muy dotadas, cuando se les echen encima los años y los paritorios, las gorduras y el sedentarismo, aquellos pesos se les vendrán abajo con fuerza de alud, y de ahí a una escoliosis nada más cercano. En mi opinión de hombre, se siente un alivio enorme, una comodidad del quinto cielo al desembarazarse de eso; jamás me habituaria a las molestias de tales apéndices. Además, el calor se hace menos insoportable, y el sudor, y uno se levanta la camiseta delante de cualquiera sin ningún temor y se limpia la cara con ella, o si quiere, se queda encueros de la cintura para arriba en la casa, y a los narcisistas nos facilita más las cosas al evitar las penurias de contemplarnos frente al espejo con una multitud de atavíos encima. Ahora, cuando mis brazos rodean nuestro torso, estamos más próximos a la verdadera esencia de tu cuerpo, y desearía, así abrazados, no sé por qué, que me cayera nuestro seno perdido dentro de la boca, como las uvas de Baco.

Definitivamente no fuiste a parar al cielo, aunque tampoco al noveno círculo del infierno. Reposarás en esta cama, a mi lado, hasta que te den de alta y al fin nos reconozcamos, al amparo de una vela o la penumbra, en la intimidad de tu apartamento. Yo cantaré para ti el aria de los castrados bajo el pórtico y saldrá mi desnudez a mojarse en la lluvia y calcinaré mi tórax durante las canículas de julio por el placer de untarle luego aceites; y recreando las visiones muertas a tu gusto mi pulgar, en anticipo a orgías y banquetes. Te volverás a mí llena de incertidumbres, con la alegría y el miedo a seguir una vida distinta así de pronto, a los cuarenta, hijo mediante. Ya nada te importará ¿no es cierto? Tú llamarías a nuestro encuentro La Binidad. Cobijar dos personas, sin tildarlo de herejía, ¿no deviene un tributo a Dios y sus misterios? El alma humana deambula entre dos intermediaciones, recuerdas alguna frase de cierto libro, ¿pero qué somos?, preguntará todavía cubierta por las sábanas, semejante a una estatua ecuestre el día inaugural. Y no querrías ver, y no querrías ser Narciso, mas hablaré entonces: Somos la Tercera Criatura Divina, el puente y el arco, y al carajo la religión. En lo adelante, mientras la enfermera te ausculte y tu esternón consiga pegarse sin esfuerzo al aparato, para hacer más audible la voz de los ventrículos, y el aprendiz extraiga sangre o instale el suero por un pinchazo en tu vena, sólo pensarás en mí, y en tocarme el miembro bajo las sábanas. Un miembro, intuirás finalmente, es la única cosa capaz de derrocar la metafísica. Hay miembros en todas partes: en los panes fálcos de las procesiones griegas, en la cúpula de la Catedral de Florencia, en botellas, lámparas, frutos, en el Taj-Mahal y en una joroba. Vergas poseen los marinos bergantes, los cazadores de la pintura rupestre, el David, San Sebastián asaeteado y tú. Incluso te parece que el universo entero se expande en forma de verga y comprendes que los cubistas jamás debieron prescindir de su figura.

La luz entra por los ventanales en una colada de rayos que nos encharca la almohada. Los pacientes de la sala te observan algo raros, y cuchichean entre sí

con el mayor descaro. El rumor crece y crece, haciéndose más audible que un ataque de tos en medio del teatro. El hombre de al lado, por ejemplo, llama a su vecina, una vieja sin pierna, y conversan descaradamente. ¿Se reirán de ti? Ella lanza ojeadas hacia nuestra camilla, bastante obvias pese a su cuidado en espiar por sobre el hombro del tipo, se horripila como si hubiera visto un fantasma, y después te mira con asco, y tal vez se persigna. Católica de mierda, siempre tienen algo que objetar. Seguiremos descansando, en postura de momia, la cabeza rígida y los pies lejanos, allá perdidos entre las brumas de la gasa y los vendajes. Nunca hubo sangre ni supuraron las heridas y aún no te armas de valor y descubres las costuras bien hilvanadas porque el doctor era amigo íntimo de no sé quién que era tu socio y ya está, un corte de primera, sutura de seda quizás exportada de la misma China, de los capullos, y un zurcido estirado, sin pliegues en la piel, y al final la última puntada está hecha con todo arte, te lo aseguro, un profesional, o un genio de la alta costura. A lo mejor conoció al difunto Versace y aprendió ese magnífico estilo de coser, a lo parisino: inmaculado.

A medianoche, si baja la temperatura y el aire se torna húmedo, empezará la fiebre a devorarte dentro y las gotas rodarán por nuestra frente, las sienas y el cuello, empapando las fundas. A gritos, agitando en convulsiones la cabeza, los pelos pegados a la cara, llamaremos al médico de guardia y el pataleo, el ardor en la entrepierna, esa efervescencia interna nos harán blasfemar y soltarás las palabrotas que debió pronunciar el diablo, en su arameo natal, al sufrir el destierro de los cielos. Para calmarte te hablaré al oído de las noches deliciosas que pasaremos en la soledad del cuarto, cada uno separado, conociendo nuestro miembro, al que tú fundirás cada experiencia de mujer; cada fantasía, rememorando el deseo desde otra carne y otro miedo; después juntos, ya concluido el adiestramiento, cuando puedas manipular tu miembro y controlar mis sensaciones a la perfección. ¿Que cómo se mueve? Dirás tú qué lo acciona. Por analogía y falta de inventiva, echemos mano al consabido motor. ¿Necesitarás un manual de instrucciones o comprendiste que en la eficacia de un aliciente, el combustible, radica su puesta en marcha? Está bien, siempre uno se traslada a la mecánica porque es un campo bien familiar. De cualquier modo las dudas se aclaran con la experimentación. Despiértalo amante, escucha la voz de su entrega: dice era tuyo antes que a tu raza la castigaran con solo un sexo.

Aún regresan los detalles: el día antes, casi un ayuno forzado de caldo, donde flotaban masitas del pollo más raquítrico que he visto en mi vida, y unas papas del tamaño de frijoles. A la comida, un jugo de frutas, saboreado por vía intravenosa. Tu pavor, desde chiquita, al evocar el fallecimiento de la abuela y la tía en iguales circunstancias, era la anestesia. No tanto al dolor, una incomodidad soportable, sino al sueño eterno de la droga, a no despertarte un mañana y aguardar dormida el beso de los ratones. Y días antes te asaltó una beatitud de santa propuesta para canonización. De rodillas en la colchoneta, suplicabas a cuantos te oyeran allá arriba o allá abajo, o en fin, a quien pudiera interesar, que fueras absuelta de

cualquier pecado, y rogaste misericordia flagelándote la espalda con una triple banda de gasa, y la languidez de tu mirada, lo ingrávigo de tu pulso, denotó un estado de gracia necesario para el tránsito. De la casa habías traído un rosario y las polvorientas oraciones del catecismo, de cuando rezabas Dios te salve María y delirabas, muy a pesar del cura y los sermones, con las vergas del espíritu santo, porque la castidad de María era un cuento, tapujos de monjas. En medio de tu ateísmo buscaste un sorbo de fe, fuerzas para seguir adelante. Y descubriste la mitología pagana. Refugiada allí, ¿cómo no meditar, dibujar, añorar, almorzar o fabular tu conversión en falo erecto?

La idea de las proporciones quedó zanjada luego de una meditación y estudios del órgano profundos. Medías con un cartabón, proyectabas distancias en el plano, construiste una maqueta a tamaño natural de la obra futura, e incluso organizaste una encuesta sobre las dimensiones ideales entre tus amigos. El consenso general fue de doce pulgadas por tres de grosor. Era la primera oportunidad de escoger un miembro perfecto, digno de amparar tu naturaleza y hacerle el amor a La Amante que por mucho tiempo habías concebido. Una mujer que supiera engarzarse en la parte removida, la artificial, y te contemplara con avidez de Mujer ante un Hombre desnudo. Siempre deseaste poner en práctica las enseñanzas del Ananga Ranga desde otra perspectiva y te deleitaste durante años aprendiendo sus artes, e imaginando el momento de ilustrarlas a alumnas y prosélitos. Leeremos ahora cada versículo saciando tus dudas, intercambiarás posturas y contorsiones inconcebibles. Imaginaste poseer la linga del hombre caballo, y heme aquí, envuelto en las telas de un lecho de hospital.

El ramalazo te estremeció de pies a cabeza, y la sangre, los humores, el pensamiento mismo se concentró en ese punto de la espalda donde la aguja había penetrado, ayudada por el émbolo que succionaba un poco de líquido raquídeo. La noche antes del suceso, o el milagro, el sueño fue intranquilo, velado por una orgía de pesadillas que te molían a palos las extremidades. La sangre formó cubos de hielo y granizo en tus venas, llevándose las sensibilidades, tu cualidad de reconocer la vida a través de la piel, y un escalofrío te paralizó el estómago; las piernas se hicieron distantes, el cuello ya no existía, sólo un olor a almohadas limpias, y cada articulación cayó en el marasmo de los ahogados. Únicamente los ruidos del tráfico allá afuera desafiaban el aislamiento de los ventanales y las cortinas y acudían a ti, refutando toda idea de muerte. Tu nariz, en cambio, olía sangre; las aletas se movían con ajetreo de animal husmeando el fuego; te pegaste a la camilla de operaciones igual que un insecto, mientras eras desvestida a duras penas, y luego viste pasar infinidad de luces, bocarriba. La frialdad de los instrumentos quirúrgicos y las tijeras, el paquete de algodón destinado a enchumbarse de tu sangre y contener en lo posible una hemorragia, el bisturí, todos aparecieron con aire de nostalgia en una fila, objetos ya familiares a tus sentidos, porque el cirujano te explicó paso a paso el procedimiento, la utilidad de cada diabolismo que taladraría, cortaría, manoseó, extirpó partes de ti.

¿Y bien? Cómo sabes todo eso, piensas acaso. Se lo pregunté al tipo después. Le di tiempo primero para tomarse un cafecito, ir al baño a quitarse la sangre endurecida de las manos, a que orinara con el mayor placer y al sacudirse intentara de paso hacerse el amor. Lo dejé también fumar un cigarro y almorzar con su esposa al mediodía. Le di treinta y seis horas de asueto para un descanso, una ducha, y gimnasias maritales. En la sala del postoperatorio desperté finalmente, inundadas las camas de gente con flores y risas y besos y felicidades, qué alivio, salió de maravillas la operación y postales, y niños, menos la tuya. A ti nadie vendrá a visitarte. Ni tu hijo ni tu madre. Sólo el médico para revisar las heridas y la enfermera con cara de ángel que removerá la sutura. A cambio me tienes a mí por los siglos de los siglos. Vamos, tócalo de una vez, que te pertenece. Al principio es un conejo asustado: se escurre entre los dedos y aguarda el instante de lanzarse en picada a la fuga. Pero ignora que le has echado tus perros de presa y la jauría de pulgares, índices y anulares le corre detrás, prestos a asirlo, sin escapatoria. Es bello, lo sé. Antes que despertaras ya lo había fantaseado un poco. E incluso sobado. Me lo figuré semejante a Babel. Una exageración, una hipérbole de las más increíbles, pero soñar no cuesta nada. Anda, acércate a él con la misma convicción del monaguillo que enciende los cirios durante la misa y elévalo en honor al Todopoderoso; a fin de cuentas él nos concedió la vida y accederá al retorno de la costilla a su génesis. ¿Libaciones de esperma? Tampoco exageres; confórmate con loar al Padre, agrádecele los dones que te ha concedido, reza unas letanías, y ya.

Se acerca la cena y digo basta de frugalidades, de este castigo de eremita purgando sus culpas, y a comer con apetito pantagruélico las migajas que sirven en el hospital. A que no te habías fijado en ese bestial trasero de la enfermera. Come, come que todavía le queda por revisar tu suero, cambiar los vendajes y de paso habrá de palparte, por fuerza, en la entrepierna. El hombre de enfrente, un lunático, le advierte a la mujer que no se incline a recoger su tenedor, dándote la espalda con aquella grupa formidable, porque yo, tú. . . , acabamos de presenciar el enderezamiento de la torre de Pisa y ni las sábanas ni los muslos contraídos ni un forzoso desvarío mental logran disimular su rigidez. Ahora no, maldecimos, bájate, bájate, está por virarse y nos descubrirá. Rápidamente le volcarás el hielo del agua encima, me estremeceré y sentirás que se enerva paso a paso, acortándose, encogiéndose como una pasa hasta reducirse a la sumisión de un perrillo faldero. Apaleado con hielo. Buen susto nos hizo pasar el imbécil. Es inexperto, impúber, un efebo en plena apoteosis de la edad. La enfermera te regaña por virarte encima el agua, a ver, descorre la sábana y de pronto pega un brinco. ¿Será nueva, la pobre? No sabía nada de tu caso ni leyó el expediente antes de brindarse a lavar un engendro. ¿Engendro? ¿Nunca ha visto un falo en su cabrona profesión? De todas formas le pagan para ello, así que masajéelo, quisieras ordenarle, pues sus manos son delicadas y de pan.

Mañana te darán el alta, lo juro, saldremos a la calle convertidos en un nuevo ser, la metamorfosis más asombrosa y terrible. Tócalo sin pena que no

muerde, aunque la enfermera tuvo la culpa, por tentarte con la visión seráfica de su trasero, ahí apostado casi frente a tu cara. Qué anatomía perfecta, Dios, qué hermoso el dibujo de un miembro bajo el reguero de la colcha, sabiéndolo caliente, entibiando esas soledades, y capaz de crecer cual un fueguito al mínimo estímulo. Un sutil perfume, un roce, un beso en la mejilla podría sacarlo de su ensimismamiento.

Pero qué dirá el niño, acechándote en el baño a la hora de desnudarte y recibir la bienaventuranza del agua. Pensará no tengo mamá no tengo papá, y un niño correría escaleras abajo, huyéndole al coco, huyéndote, huyéndonos, y de pronto tropezaría en un escalón y rodando, rodando hasta el primer piso, desnucado, frágil, aovillado para siempre en esa esquina del vestíbulo, donde a veces orinan los borrachos. Despierta, ¡despierta! Aleja las pesadillas de tu mente en tránsito hacia el nirvana si acaso existe o son fabulaciones del budismo para captar acólitos. No hay regueros de sangre en ningún pasillo; al contrario, el piso muestra un brillo aséptico y la luz de las lámparas se refleja en él. Todo aparece luminoso y claro, y el velo del mosquitero cae en cortinaje de cuentos y transparenta nuestro cuerpo aquí dentro, como en las historias árabes, llenas de esencias afrodisíacas y pieles aceitunadas y odaliscas danzando semidesnudas sobre las losas de mármol. A la vista del ombligo, fetiche del deseo, otra vez presientes la agitación, la criatura picaresca, un dios Pan que puja y se retuerce clamando misericordia y golpea el muslo. Y mandas tocar a degüello tu flauta mágica, himnos fálicos, bacanales, comedia.

Por favor, tócamelo de nuevo. Envía ¿no? Malcríalo con prisa suave, sin desespero; es tuyo, una fiera doméstica no bien se voltee la enfermera. La del segundo turno es gorda y fea. Alguien cacareó, seguro la vieja, y han cambiado al ángel. ¿Te cuento mi fantasía? Cierro los ojos sin respirar y siento a mi muchacha albina de crines negras correteando entre las vacas; ¿por qué vacas?, quizá sea por el contraste de sus ubres con los botones rosados de ella, enhiestos y en forma de cuerno. Su pubis lleva engarzadas retamas y flores del color de las pupilas, dos carbunclos, y sus nalgas semejan redondez de manzana separadas por un hilo que se pierde en los confines del universo. Sentada la tengo entre mis piernas, y los pájaros mudos la contemplan y las hembras todas entran en un celo apoteósico que los machos huelen a kilómetros de distancia y rastrean con las fauces abiertas y babeantes, el órgano de una punzada endurecido. Entonces la muchacha se entrega al albedrío de mis manos en sus senos que se abren como las corolas de medianoche y cuando mi saliva se vuelve néctar para el primer beso ella se deshace al penetrarla y gota a gota se me escapa su ombligo de aljibe fresco y su muslo mojado se escurre, en un charco de cera. Mi condena es desear seres imposibles y la tuya no probarlos jamás. Nosotros fuimos absueltos. Amarás esa grupa frondosa con el desespero de un condenado a muerte y yo, adalid sobre la cabalgadura, abandoné ya los dolores de la operación al placer de un miembro sencillamente perfecto. . . Ay Dios, ¿no es este el amanecer, la libertad y el alta, el canto del ruiseñor?

Parada ante un espejo inmenso, que cubría la pared, una mujer contempló a otra mujer que lloraba desnuda.

PIEDAD

Apenas persistía un sorbo de luz en el cuarto. Emanaba de un bombillo que colgaba del techo, sostenido por un cable. Su claridad, si podía llamarse tal a un hálito rojizo y parpadeante, no alcanzaba más que para definir las siluetas de los objetos circundantes y ratificar su presencia dentro de aquella barahúnda de sombras. Las paredes habían sido azulejadas vergonzosamente. Las ranuras de cemento que unían las losas estaban ennegrecidas y la superficie de estas no mostraba ya otro color que el de la mugre. La techumbre se desmoronaba con la humedad, como maquillaje podrido. Una gotera horadaba el yeso junto a unas lámparas fundidas que pronto caerían. El piso de arriba lo ocupaban los baños; los retretes, desencajados de sus tuberías, manaban agua y orina cada vez que alguien tiraba de la cadena. Pero no era necesario molestarse; ningún recinto quedaba afectado por ello, fuera de la sala de autopsias, y claro, allí sólo había muertos, además del forense.

El ventilador no funcionaba hacía años. Las moscas pululaban alrededor de la bombilla, fascinadas con el color psicodélico de la iluminación. El aire ya no circulaba ni se movía; también parecía muerto. La atmósfera era un miasma donde se acumulaban efluvios del formol, agua esterilizada, sudor, el botiquín de las pomadas, y el olor de los cadáveres mezclados con esencias de rones y el humo del cigarro. El forense usaba su batón, y fumaba repantigado en un sofá. Observaba algo o meditaba, aunque no podía asegurarse dada la semejanza de ambas posturas. Por instantes miraba hacia un tocadiscos colocado sobre la mesita con el instrumental quirúrgico. El brazo bordeaba el disco e irrumpía una voz avejentada de Madame Butterfly. En algunas circunvoluciones raídas, el brazo saltaba y Madame Butterfly emitía sonidos irregulares o cantaba como si tosiera. De cualquier forma, esto no incomodaba al hombre, a quien parecía gustarle mucho María Callas por la manera en que ladeaba la cabeza, se erizaban sus vellos y entrecerraba los ojos. Incluso llegó a respirar en cierto momento sólo cuando la voz lo hacía, supeditando su ciclo al cese de la música. Disfrutaba especialmente las notas de los agudos sostenidos, con un gesto muy teatral de su mano que, a primera vista, lo hubiera acusado de homosexual.

El reloj interrumpió aquel éxtasis a las once de la noche, liberando una concatenación de golpes. La reverberación provocaba en el forense cierta responsabilidad con las horas venideras. Así adquiriría conciencia del tiempo hasta el amanecer, cuando terminaba su turno y lo relevaría la guardia diurna. Se puso en pie, calzó sus mocasines y ajustó la bombilla que empezaba a parpadear fuera

de lo común. Botó la colilla y se aproximó al cuerpo que lo esperaba bajo la luz inquisidora. Garabateó un par de cosas en una planilla, ensartó el hilo de sutura y le dio unos cuantos puntazos. La aguja entraba y salía con dificultad de la carne; se trataba de un obeso de sólidas capas de grasa que hacían de su piel un castillo casi inexpugnable. Cosió el resto de la herida y al final hizo un nudo, cortó, limpió con un paño mugriento la barriga y los blancuzcos muslos, se enjuagó la sangre en un lavabo, volvió a cubrirlo con la sábana y empujó la camilla hacia una esquina, junto al cúmulo que formaban las disecciones del día.

Comenzaba a sudar. Quería tomar aliento unos minutos, encender un cigarro, prestarle la debida atención a Madame Butterfly mientras lloraba su abandono, pero decidió acometer las autopsias atrasadas y luego le sobraría noche para el descanso. Sacó una carpeta de un armario y leyó la lista de fallecidos. Había crecido bastante durante los tres días que estuvo enfermo. Escogió un número al azar, buscó su correspondiente en el papel y se dirigió a la bóveda. Extrajo un cuerpo velado por la sábana, lo trasladó a la camilla de metal y empujándolo, como si se condujera por el pasillo de un supermercado, se detuvo junto a la mesita. Abrió un paquete y desplegó el instrumental. Se lavó las manos, enjuagó los guantes y se los puso. Descorrió la sábana. . .

Una gota de sudor se desplazó desde su frente y cayó en el pecho de la mujer, fluyó por la suave pendiente entre ambos senos, descendió a lo largo de su vientre y se diluyó antes de tocar el ombligo. El hombre sintió un calor increíble. Aun cuando el ventilador estuviera roto y la habitación cerrada, la temperatura le resultó elevada. La observó una y otra vez, deteniéndose quizás por rutina en aquellos puntos de siempre, aunque no era lo que más le motivaba de su anatomía. Le acarició la frente, el cabello; los guantes le molestaban; se los quitó y volvió a acariciarla, frotando la piel del nacimiento del pelo con el pulgar. Sus cejas tenían esa simetría que hace pensar en la divinidad. Era tan perfecto su rostro que sospechó un artificio. ¿Dónde estaba la monstruosidad del tiempo? ¿Cómo se había obrado en ella la perversión de lo orgánico?

La mujer no percibía el calor. Sólo yacía sobre la camilla, desnuda y rubia, mientras él se aprestaba a rasurar su cabeza, le escudriñaba los ojos y se deleitaba con el tono de alga que poseían sus iris. Entonces aquellas manos amasaban su estómago blanco con tal delicadeza que apenas se percataba del juego. De no estar muerta, habría besado seguramente los dedos de él, que ahora pisaban esos senderos tupidos de vellos. Y lo hacían suavemente, como dedos amantes, reptando a su albedrío entre los muslos de ella, y su tacto despertaba otras sensaciones perdidas o creía recordarlas. No existía el roce sino un dedo rector que zigzagueaba desde la boca hasta el infinito y liberaba cada poro de su rigidez.

El hombre alisaba el manojo de cabellos, hundió entre ellos su nariz y aspiró el aroma. Se los restregó por la cara. Tomó un rizo y lo metió en su boca. Lo atrapó con la lengua, paladeó. Casi llorando segaba el campo a tijeretazos. Una lluvia de pelos caía a sus pies; se inclinaba, los recogía y guardaba en su bolsillo. Ya no quería presenciar la atrocidad. Cortaba con los ojos cerrados, sólo guiado

por la tirantez de los mechones que cedían poco a poco a la implacabilidad de la hoz. A la luz de la bombilla todo le pareció una masacre: ella desnuda, con la cabeza ladeada y un brazo tendido fuera del lecho, como el detalle de un cuadro. También reforzaban el espejismo sus piernas desparpajadas, que la sábana ya no cubría, y la boca, a la vez tan inocente y lujuriosa. Ella no había muerto. Estaba viva, lo adivinaba, afirmaba su resurrección. Tomó su mano, la apretó entre las suyas y la colocó junto al cuerpo. La besó en alguna parte, sin importarle cuál, por la mera ansiedad de aproximarse a su piel.

No, dijo apretándose las sienes. Lleva tres días acostada en mi cama de acero y sigue viva. Dios mío, cómo sucede que encuentro a las mujeres de mi vida entregadas a otros y luego tendidas ante mí en espera de que las descubra mi escalpelo. Poseo los despojos, las amo y desconozco si soy correspondido. Es imposible develarle a la muerte alguna reciprocidad.

A las doce retornó el reloj a anunciar su cantilena. El hombre se mantenía inmóvil ante la mujer. Únicamente el lagrimeo de sus ojos denotaba un síntoma de no-sublimación. Ni siquiera había prestado atención a los quejidos finales del aria de Madame Butterfly a punto de suicidarse. La aguja del tocadiscos tropezaba con las irregularidades de la superficie, saltaba a un anillo anterior del microsuro y repetía los cantos agónicos.

Deambuló por el cuartico, olvidado de las nimiedades cotidianas. Las moscas zumbaban muy cerca de sus oídos, incluso una trató de colarse por el agujero de su nariz; la gotera taladraba el yeso con una perseverancia creciente. Se hacía audible el sonido de los servicios sanitarios cuando la empleada de la limpieza restregaba la taza con ácido y descargaba. Llamaron a la puerta. Podía ser la paranoia de las horas—enajenación—o la luz, con su tinte casi ferruginoso que convertía el espacio en una monstruosidad. Insistieron. Los pasos del hombre dejaron atrás la mesita. Una fisura de claridad iluminó el piso y el techo. Alguien le preguntó si necesitaba algo: un café, salir a respirar aire fresco, codearse con el mundo de arriba. El hombre sonrió, negó todas las propuestas y cerró la puerta con un semblante impenetrable.

Pestañeó y apartó la vista de la mujer cuando el bombillo se fundió. Ambos quedaron a oscuras y pudo comprobar la nueva dimensión que se crea con la ausencia de luz. El microuniverso se agranda o encoge según la disposición de la pupila de adaptarse a lo etéreo. Todo, sin excepción, se transmuta en visiones. La oscuridad lo había alejado de ella. Imaginó que estaría atemorizada. Por las sombras o por él. Le susurró que no tuviera miedo ni gritara. Juró que no le haría daño. Por nada del mundo le haría daño. Sólo quería acariciarla. Por favor, nada más eso. Aproximó la palma de la mano al lugar donde creía haberla dejado. Rozó un seno y la retiró involuntariamente. Quizás en otras circunstancias no le hubiera pedido perdón, pero en medio de aquella negrura lo hizo. Ascendió hasta la altura del rostro, palpó su cráneo ovalado: la forma que habría tenido la cabeza rasurada de cualquier matrona griega. Madame Butterfly lamentó su soledad con un hilo de voz tan agudo que los vellos de su brazo se irguieron

como púas y una marejada de frío lo sacudió al empuñar la cuchilla. Se abrazó a su cuello, tanteando con la punta del acero esa caverna entre las clavículas, donde la lengua halla un regazo para adormecerse. La mano helada que sostenía la cuchilla se cobijó en los muslos de ella, ahora tibios. Acercó el resto del cuerpo a la cama. La besó en la frente, en la pielecilla de los párpados, en los labios azules. Besó además la concavidad de su mejilla; un sabor amargo le molestó en el paladar. Descubrió que estaba mojada y no a causa de su beso infantil. Había probado una lágrima. Ella lloró alguna vez antes de morir. Acababa pues de sorber su dolor. Lo degustó como un dulce, manteniéndolo unos minutos en la boca. Después tragó saliva. Los dolores que se ingieren actúan probablemente como venenos y desatan una oleada de sufrimientos cuyo único fin es la muerte o la locura. A través de una lágrima compartida surgía entre ambos una confabulación secreta. Así, mediante la eucaristía, ella le confesaría lo que resultaba imposible de contar a las once y media de la noche. Él lloró también, por su distanciamiento pese a la inmediatez, se llevó el dedo al ojo y depositó también una gota sobre los labios de ella.

Extrajo del bolsillo una vela y una caja de fósforos. Enseguida chisporroteó una lucecita amarilla que se dispersó en todas direcciones a medida que la llama mordía el pabilo. Le colocó la vela en la frente; la sostuvo hasta que cayó la primera cera líquida y se derramó alrededor del cabo, adhiriéndose a la piel. La contempló desde la lejanía con que los artistas admiran la armonía de las formas. Una aureola le atravesaba, sin perforar, el cráneo. Se quitó la bata de médico, los zapatos y cayó de rodillas a su lado.

Sin acertar a dilucidar las voces que le hinchaban las venas de las sienas, pronunció el nombre de la mujer. Tenía los ojos enrojecidos y las pupilas dilatadas revelaban que había sufrido un trance. No lograba entender muy bien los sonidos que articulaba, y sin embargo lo repetía una y otra vez, siempre más convencido de ello. Negó lo insólito de balbucear su nombre a las doce y media de la noche, sin haberlo leído en la lista, tres días después de su llegada a la morgue. Pensó que María Callas lo estaba volviendo loco. Tenía los nervios destrozados por las trasnochadas. Pero Madame Butterfly ya no podía cantar. Estaba muerta.

Ahora sí empuñó el bisturí. No acometería una profanación, sino un sufragio: el placer que reside por fuerza en toda misericordia. Serás un templario piadoso que busca aliviar a la gente de sus miserias. Exorciza sus cuerpos; ámalos hasta donde parezca posible, a través de la caridad que el dolor ofrece. Crecerá sobre ellos el camposanto, al santificarlos con tu cuchilla. El hombre procedió a iniciar la autopsia. Llenó una planilla. La rompió.

Encaja tu maldito bisturí en la masa del vientre. El reloj dará la señal. Una delgada línea roja confirmará el fallecimiento. La carne llegará a ser pan que corta el cuchillo. Ábrete paso de una caverna a la siguiente, seca el arroyuelo, vadea la pelvis desbrozada para que tus dedos nunca tropiecen, nunca vacilen de su obra ni les asalte la idea de retroceder. No te enamores de su corazón o la medusa de su estómago. Es tuya entonces, sé gentil amante. Evita su dolor

acortando el suplicio de la cuchilla. La hoja esterilizada separa la piel. El océano se despliega en dos murallas y tú eres Moisés; divino un instante, te conviertes en señor del universo. Poseyéndola redimes a Madame Butterfly, abandonada en el puerto, golpeada por los estibadores y sus sacos, la gente que no mira su tristeza y la enfanga, la asesina deliberadamente, porque todos auguran su suicidio.

El hombre sumerge el escalpelo en agua esterilizada según el ritual. No se cuestiona por qué corta y limpia, siega, cose y esteriliza. Ella se cree muerta, él la desmiente. Ya pasó el momento de la creación. En su vientre está la roja flor de lis que imprime su bistori a los cuerpos del cuarto de autopsias. Quienes reposan con tanta quietud en sus camas, arropados por las sábanas, llevan la marca y les pertenece el burdo reino del almacén.

La mujer no opone resistencia. Tampoco querría ver. Se entrega a él como un ciego a su lazarillo. El hombre entreabre sus piernas con la delicadeza del amante. Apenas se nota rigidez en los músculos de sus muslos. Comienza a descender al abismo. Siente un calambre, los dedos se adormecen. El pan mojado en vino tinto de una buena cosecha es capaz de embriagar a Dios. Le tiembla el brazo. Seca el rastro de sangre con su pañuelo. Es una suerte que ella se haya adormecido, porque no quisiera jamás que se enterara de lo ocurrido. De cómo rebano lonjas de carne a su belleza y apago la aureola, que deviene, en cuestión de tiempo y olvidarme de ella, una nada.

De pronto se detiene y arruga las cejas. Pestañea. Aproxima aún más su rostro al sitio. Vuelve a observar. No puede ser. Separa bien las piernas y escruta. Le arranca a la mujer la vela de la frente y la acerca hasta donde es posible sin chamuscar los vellos. Sí, no cabe dudas: ella tiene veinticinco años y es virgen.

Suelta los instrumentos, el paño cubierto de manchones rojos que se han secado y no se caerán aunque lo laves mucho, como la grasa. Las vírgenes no mueren, repite. No amanecen desnudas ante los mortales. Lo asalta la terrible conmiseración del asesino. El miserable más abyecto tendría mejor conciencia, clamaría piedad para ella.

El hombre se dejó caer sobre el sofá. Prendió un cigarro. Lo botó. Detuvo la mirada en el tocadiscos cuyo brazo giraba sin sentido rayando la superficie del disco. Pensó en el prematuro fin de Madame Butterfly, evitable como el de la mujer si la hubiera conocido tres días atrás y le hubiera hecho el amor. . . Suponer, por ejemplo, que yo la desvestía antes de acostarla en su lecho, siempre consciente de que ella no mostraba oposición. Ignoraba entonces la forma de sus senos bajo la blusa que en sueños le coloqué. Por eso los añoraba más, siendo una fantasía. Quería imaginarlos primero, recrear las curvas que seguro hallaría en su cuerpo; conmovirme por su desnudez de virgen. Ella se desabotonaba la blusa con la cabeza gacha. Sus ojos no se detenían frente a los míos, sino que escudriñaban las baldosas y detrás las otras camillas, la mesa del instrumental y una variedad de tijeras, agujas, sutura. Noté que sospechaba algo. Sin embargo, me acarició el rostro. Sus manos irradiaban calor y rodeaban mi cuello mientras la depositaba allí, helados sus pies que besé, temblorosas sus piernas al escurrirse entre las mías

hasta la consumación del lúbrico sufragio. Y después moría. Degustaría mañana los placeres de mi escalpelo, lloraría al recordar mi proximidad y sentir el acero dentro de sí, casi manoseándola.

La una en punto. Restallaron los platillos del reloj. Un golpe seco, se reanudó el tictac. El forense se levantó del sofá, limpió el sudor de su frente con el paño, echó un vistazo al cabo de vela a punto de consumirse y sobresaltado por un pensamiento corrió hacia el reloj que vegetaba sobre el marco de la puerta. Arrastró una silla con vigor atípico, se subió a ella y empuñando un instrumento rompió la pantalla de cristal, atrasó las manecillas tres días y medio. . . cuatro, para mayor precaución. A veces los procedimientos legales demoraban mucho. Y estaban los formulismos que conlleva el papeleo.

Cogió la silla, la colocó junto al cadáver y se sentó en una posición de velatorio. Aspiró tragos de aire con la sed de un borracho. Tosió. La acritud del formol le ardía en la nariz. Se le hizo insoportable. En toda su ropa se había impregnado el olor. Por primera vez fue susceptible a él. Sus ojos se aguaron. Una arcada lo sacudió. El hedor de la podredumbre invadía el espacio del cuarto y escapaba afuera por las rendijas, como la vaharada de una alcantarilla. Los gases del metano y el amoníaco sulfuraban de modo especial el aire. De un momento a otro estallarían fuegos fatuos, esas chispas que admiró una vez en el cementerio. Mordisqueó una colilla, rozó su pelo contra la pierna de la muerta. Idolatraba a María Callas. Cuánto hubiera dado por destrozarle la garganta y rociar su escalpelo con las benditas sustancias que producen notas capaces de emocionar. Lo siento, María Callas, ¿de qué forma podía amar él sino violentamente? Redimiría a Madame Butterfly. Iba a impedir que la abandonaran. Ya no tendría que matarse y reaparecer en el cuarto acto sobre una camilla, envuelta en percutidas sábanas, explorada por una bombilla de pocas horas de vida, entonando el aria de los difuntos.

La noche discurría silenciosa. Era el único que trabajaba de madrugada en el hospital. Ni siquiera los baños sonaban porque no había nadie para orinarlos. Recordó que le faltaban tres cadáveres más. Debía ponerse al día, acelerar las autopsias pendientes. Parecía fatal enfermarse en una semana tan agitada, pensaba a las dos de la mañana, besándole los pies a uno de los cadáveres, una mujer blanca, de mediana estatura, pelo rubio ondeado e historia clínica número. . .

El silencio constituía un elemento clave dentro de la escena. Confesarle con palabras que la amaba, habiendo utilizado ya el simbolismo de las miradas, las caricias, las lágrimas. Es cierto que la mayoría de las veces las palabras entorpecen una confesión, tergiversan lo dicho o aquello que se intentó expresar. Los vivos no tienen paciencia para escuchar una larga confesión. Pero ella vivía por él, no pondría reparos en oírlo. Luego de yacer a su lado, le preguntaría, por supuesto, el motivo de su llanto. El hombre se quitó la ropa, apagó de un soplo la miniatura de vela, le aseó el cuerpo con su camisa, pese a la línea roja que continuaba abierta, e hicieron el amor. La hizo muy feliz unas horas antes de su muerte.

A las seis y cuarto llamó alguien a la puerta. No respondieron. La mujer del segundo turno entró a relevarlo y lo halló abrazado a ella, desnudo y frío.